



LA PSICOLOGÍA, LA MASCULINIDAD Y EL TRABAJO CON HOMBRES

PSYCHOLOGY, MASCULINITY AND WORKING WITH MEN

* JOSÉ MANUEL SALAS CALVO

Recibido: 04-06-08 • Aprobado: 30-07-08

RESUMEN

En el artículo se discute acerca del papel de la Psicología, como ciencia normativa, en la reflexión general relacionada con la condición de género, en especial la masculina. Luego de meditar acerca de dicha condición y de las implicaciones de la masculinidad hegemónica para la vida de los hombres y las mujeres, con énfasis en los primeros, se proponen algunos alcances de hacia dónde podría transitar la Psicología en sus quehaceres. Esto en el marco de la tarea pendiente con los hombres y sus diversas circunstancias, que representan un reto para la disciplina y quienes la desarrollan.

La reflexión se propone en el marco del patriarcado, como gran escenario sociocultural, determinante de la vida social.

Palabras claves: género, masculinidad, patriarcado, psicología, trabajo con hombres.

ABSTRACT

The article discusses about the role of Psychology, as a normative science, in the general reflection related to the condition of gender, in special the masculine. After meditating about such a condition and its implications of the hegemonic masculinity for men and women's life, with emphasis on the first, it is proposed some overtakings of how Psychology could follow its way and its job. This is in the context of the

unfinished task with men and their diverse circumstances, which represent a challenge to Psychology and for those who develop it. This reflection is proposed in the patriarchal context as a huge sociocultural stage that determines social life.

Keywords: gender, masculinity, patriarchy, Psychology, work with men.

INTRODUCCIÓN¹

Si bien los fundamentos del cuerpo de conocimiento llamado *psicología* se remontan a los albores mismos de la filosofía en la antigua Grecia, aquí se aborda desde su lugar como saber moderno, específicamente como esa disciplina que se ubica naciendo a finales del siglo XIX o principios del XX, según desde donde se la conciba y según la paternidad que se le reclame.

Habría muchos elementos de ella que sería interesante abordarlos; no obstante, lo que se hará es una rápida referencia a su condición de ciencia normativa con todas las implicaciones que eso conlleva. La Psicología no solo estudia el devenir de algunos de los procesos de la realidad, sino también hace o ayuda a construir realidad.

Y si esa afirmación vale para otras ciencias, lo es más para esta disciplina dado el carácter y la naturaleza de su objeto de estudio: nada más y nada menos que todo aquello relacionado con los procesos de pensamiento, sentimiento y acción de sujetos humanos concretos (Campos, 1985, 2004) procesos que aluden a la más alta complejización de la materia o a su más alto nivel de integración.

* Miembro del Consejo Editorial de la Revista Costarricense de Psicología. Instituto WEM (Costa Rica). Profesor emérito, Universidad de Costa Rica. jose.salas@ucr.ac.cr



No por casualidad alguien la denominó la ciencia del siglo XX, en virtud del impacto que ha tenido en prácticamente todos los órdenes de la vida social. A sus practicantes se les denominó los *nuevos gurús* del mundo moderno.

Es preciso recordar que, como toda forma de conocimiento científico, la Psicología no es ni puede aspirar a la neutralidad de su quehacer, por lo menos como lo sueñan los viejos principios del positivismo y del neopositivismo. Este es un aspecto compartido con todas las ciencias, aunque de manera más acentuada con aquellas que abordan lo sociocultural y lo intersubjetivo, en las que el sujeto y el objeto de conocimiento forman parte del mismo proceso: en Psicología nos estudiamos a nosotros mismos, en el nivel individual y en el colectivo.

Mucha de la psicología oficial ha estado al servicio del sistema, ya sea en sus aplicaciones tecnológicas, ya sea en las bases mismas de la producción del conocimiento. Rebasaría los alcances de este trabajo inundar de ejemplos que ilustren tal aseveración. Basta con recordar cómo en el diseño y en la elaboración de pruebas psicológicas, una de las áreas de la Psicología que más científicidad reclama, la concepción de mundo, de persona y de procesos psicológicos que les subyacen, está enraizada en el mundo y en el devenir de la realidad de ciertos grupos humanos, en su calidad de puntos de referencia normativos (luego, con el parámetro que ellos dan, se intenta “medir” a todos y todas por igual).

Ahora bien, de manera más puntual, en la discusión del hacerse hombres (y mujeres) la Psicología ha tenido y tendrá mucho que decir. Es parte de su objeto de estudio esclarecer orígenes, pilares y mecanismos de perpetuación de la forma como somos convertidos en personas y, dentro de ese mismo proceso, en hombres y en mujeres. La Psicología está en el centro mismo de esta dinámica histórico-social la que, de manera sintetizada, tiene que ver con la conformación del género.

LA CUESTIÓN DE LA MASCULINIDAD

En este trabajo se enfatizará en lo que sucede con los hombres; es decir, a las bases de la masculinidad

patriarcal, hegemónica y arquetípica. Será tarea casi imposible no tener siempre la referencia a la femineidad y a las mujeres, pero estas serán abordadas en forma tangencial y, sobre todo, para efectos de ver los contrastes y las complementariedades.

Al respecto, Sam Keen (1991), conocido autor estadounidense del llamado “movimiento de la nueva masculinidad”, cita un artículo de la *Revista Newsweek*, que aclara aún más el asunto:

“Tal vez haya llegado el momento de un nuevo orden del día. Las mujeres, después de todo, no son un gran problema. En nuestra sociedad,... el problema son los hombres o, más precisamente, lo masculino... Los hombres se suicidan al hacer todo lo que la sociedad quiere que ellos hagan. Hombres de todas las edades encuentran la muerte en accidentes, se disparan unos a otros, conducen automóviles imprudentemente, se montan en los techos de los ascensores y beben como chicarrones. Tal vez esto sea producido por las furiosas hormonas masculinas, (o)... tal vez porque están tratando de ser hombres” (p. 16).

Vale decir, entonces, que la socialización a que son sometidos los machos de la especie hace que, al ser convertidos en hombres, estos tengan que enfrentar una serie de problemas, de los cuales, en muchos casos, no tienen la menor noción. Además está decir que muchos de los mecanismos que actúan en la socialización son incorporados por los sujetos concretos en forma inconsciente.

Por ejemplo, está suficientemente documentado que la práctica de personas adultas de tener sexo con personas menores de edad es ya antigua en la historia de la humanidad; sin embargo, es hasta hace muy poco que se la considera como nociva para estas últimas y es hasta en momentos recientes que se la considera como altamente perjudicial para las víctimas, tomando el perfil de ser una de las peores violaciones de los derechos humanos comparable, incluso, con un tipo de esclavitud moderna. Se está ante la Explotación Sexual Comercial (ESC), fenómeno de reciente identificación y, por lo tanto, también de reciente abordaje. En esta práctica, personas adultas les pagan



a personas menores de 18 años por tener sexo, en diferentes modalidades.

Es a partir de los resultados del Segundo Congreso Mundial contra la ESC, realizado en Yokohama, en el año 2001, que se da un mayor énfasis a la necesidad de abordar también la “demanda”; es decir, se vuelven las miradas a indagar qué sucede con la otra parte: aquellas personas que acuden a la ESC, tanto en condiciones de intermediarios y proxenetes como de “clientes” directos. Esto lleva a la necesidad de indagar con los hombres, sobre todo en esta última condición (la de ser *clientes*).

Tal situación no se deriva de caprichos o de sesgos en la evaluación del problema. Es así dada la alta presencia de hombres como “clientes” en la ESC, en tanto lo son en más de nueve de cada diez casos, según los reportes de las investigaciones realizadas (Sorensen y Claramunt, 2003). En otras palabras, si de demanda se trata, el asunto es sobre todo con hombres.

Por lo tanto, en esta temática específica se ha partido de la tesis de que para afrontar la ESC, desde el trabajo con hombres, se requiere entender y desentrañar su sexualidad y las bases que la sostienen, como un componente más en su génesis y desarrollo. Es en esta área de la vivencia de la subjetividad masculina en la que se encuentran muchas de las bases para entender, entre otros fenómenos, los fundamentos para involucrarse en la ESC.

Así como se propone el abordaje de la sexualidad masculina, como área problemática, para dilucidar buena parte de los fundamentos de la ESC, de igual manera debe hacerse para otras áreas de la vida social en las que esa masculinidad juega papeles determinantes y, no siempre, en forma positiva o de bienestar. No interesa aquí profundizar en ellas; es cuestión de solo recordar otras situaciones en las que la sexualidad masculina aparece en primeros planos: las parafilias se presentan, sobre todo, en hombres; en la propagación de las infecciones de transmisión sexual (ITS) y del VIH-SIDA son las prácticas sexuales de los hombres las principales facilitadoras del contagio (para ellos y

sus parejas); las implicaciones de paternidades nada o mal asumidas; las consecuencias en la vida de muchos hombres, generadas desde una vivencia de la sexualidad como “un deber” y en el que la tarea debe ser bien cumplida y “quedar bien” es la demanda principal; solo para citar unas pocas referencias.

EL TRABAJO CON HOMBRES

Con lo anotado en los párrafos anteriores, se pretende aclarar que, a pesar de que la forma como se diseña y se vive, la masculinidad acarrea una serie de problemas para los hombres y el resto de la sociedad (veremos que también para la naturaleza), aquella en sí, como objeto de estudio científico, es más bien reciente.

Lo cierto es que la sexualidad masculina y muchas otras dimensiones del ser hombre siguen en el gran misterio, con muchas zonas oscuras, en lo cual los mismos hombres tenemos mucha de la responsabilidad. No es de mucho interés para los hombres auscultar en sus propias cosas.

Aparte del enorme temor que ello produce, una de las razones que más pesan es que la mayoría de los hombres padece del “*síndrome de normalidad*” que nos impide cuestionarnos y actuar en esas dimensiones. El asunto se simplifica diciendo que, para la mayoría de los hombres, no pasa nada, no hay nada que revisar, no hay nada que cambiar, “todo está bien”.

No obstante, la revisión de las bases más profundas de la conformación del ser hombre, como sustrato subjetivo de sujetos “como cualquier otro, común y corriente”, es una tarea a la que poca atención se le ha brindado, según lo acabamos de mencionar.

En ese contexto, y para efectos de apuntar primero a la sexualidad masculina y segundo a otras de las áreas de la masculinidad, es que se llevó a cabo la investigación y la posterior publicación del trabajo “Explotación sexual comercial y masculinidad. Un estudio regional cualitativo con hombres de la población general”, en el marco del proyecto subregional de OIT/



IPEC “Contribución a la prevención y eliminación de la explotación sexual comercial en personas menores de edad en Centroamérica, Panamá y República Dominicana”.

En esta como en otras áreas problemáticas, en las cuales los hombres aparecen como principales responsables, según lo indicado al inicio de este trabajo, eso no se traduce en establecer líneas claras de trabajo con ellos, por lo que no se apela a la responsabilidad que les compete y tampoco a la posibilidad de trabajar con ellos (aspecto que será retomado más adelante).

Con base en lo anterior, es posible indicar que algunos de los escenarios mencionados pueden incluir aspectos de psicopatología; pero, solo para efectos de explicar cómo los hombres se meten en líos. No habrá referencia a procesos mórbidos en hombres. La ESC, la violencia intrafamiliar, la violencia social y la participación de hombres en ellas, para citar solo tres ejemplos, no tienen en la psicopatología su esclarecimiento más lúcido.

Por los citados razonamientos, este trabajo gravitará en torno a algunas interrogantes básicas aplicadas a varias dimensiones de la experiencia de los hombres: ¿Qué pasa con la construcción de la masculinidad? y, de manera específica, ¿qué sucede con ella para que los hombres adquieran una identidad cargada de problemáticas (su sexualidad, su conducta, el manejo de sus afectos)? ¿Qué hace que los hombres necesiten una demostración permanente de que son hombres? ¿Cuáles son las bases para mostrar tanto temor a la femineidad y a lo que de ella se desprenda? ¿Qué debe y qué puede decir la Psicología al respecto?

IMPLICACIONES Y RETOS DE LA CONDICIÓN DEL GÉNERO MASCULINO

Para caminar hacia el cometido señalado, es necesario partir del supuesto básico de que al hablar de hombres y masculinidad, inevitablemente hay referencia al género; al abordar a la masculinidad, se habla de género, como condición humana básica. En este caso, del género masculino, aunque a muchos hombres y a

muchas instituciones masculino patriarcales esto no les suene bien.

En tal sentido, se hará un rápido repaso a algunos conceptos básicos, que para algunos lectores o algunas lectoras podrá ser demasiado elemental. Esto se hace en tanto es necesario sentar las premisas desde las cuales parte la reflexión y que facilitará el acercamiento a las nociones centrales de este trabajo. De inicio, se asume al género como uno de los componentes esenciales de la construcción de la identidad, tanto en hombres como en mujeres.

Debe recordarse que *género* se refiere a una condición humana y a una categoría teórica (sobre todo, desde el punto de vista de las Ciencias Sociales) y ambas dimensiones están íntimamente implicadas. Desde esta última perspectiva, se trata de un gran dispositivo de análisis social. La categoría género tiene una historia larga en nuestras vidas: desde la tía que iba a la tienda para comprar ciertos “tipos de género”, pasando por las lecciones clásicas en la escuela y el colegio, donde se le estudia en biología, en literatura, en música, hasta su propuesta y consolidación como una herramienta de análisis social y de acción política.

Lo común en todas ellas es que *género* siempre ha tenido una función de clasificación y cuando asume un estatus teórico, a partir de los años sesenta del siglo pasado, conserva esa función de clasificación; en este caso, respecto de los seres humanos: los clasifica, al menos, en masculino y femenino. Esta función nosológica va a ser muy importante tenerla presente a lo largo de este trabajo, aunque, como se verá luego, su tarea no se reduce solo a propósitos clasificatorios.

Es en esa época cuando el movimiento feminista, retomando la propuesta de la categoría género de John Monney, la reconceptualiza y la elabora mucho más hasta llegar a desarrollar la hoy conocida Teoría de Género, con la cual hay una alusión crítica a la discriminación histórica que han venido sufriendo las mujeres en los sistemas socioculturales, sobre todo de origen y médula patriarcal.



Esta idea de referirse críticamente a tal discriminación tiene que ampliarse, entonces, hasta comprender a la teoría de género como aquel cuerpo de conocimiento que trata de explicar qué pasa con las diferencias entre los hombres y las mujeres, diferencias que son llevadas a la condición de desigualdades. Es decir, con esta teoría se intenta, junto con describir diferencias entre hombres y mujeres, también explicarlas y dar un sentido socio histórico y político a las desigualdades que existen entre unos y otras, en el que la discriminación de las mujeres ha sido la nota dominante. Con esta teoría, pues, se le pone un alto a las aproximaciones biológicas y deterministas del ser hombre o del ser mujer; no es desde la biología que podamos entender los procesos desde los que se deviene en hombres o en mujeres.

Por eso, la Teoría de Género se convierte en una poderosa herramienta sociopolítica de explicación de la sociedad y de acción para el cambio sobre esta; es desde ahí que se pretende comprenderla.

Quizá buena parte de lo que explica el por qué el género está tan alejado de la conciencia cotidiana (y de otros ámbitos también; por ejemplo, el científico) de los hombres, tenga su raíz en esta génesis de su acepción moderna: fueron las mujeres quienes lo desarrollaron para resolver muchos de sus problemas y los de la sociedad. Se colige de ahí que esto es un asunto de las mujeres, **que son las que tienen problemas!**

Para una buena mayoría de los hombres, el concepto y la condición de género está muy alejada de sus vidas. No está todavía en su agenda discutir esto, pues aún hoy se le relaciona con cuestiones que tienen que ver con mujeres. Si bien esto es analizado desde sus connotaciones más de orden conceptual, también se le verá en la práctica y en la vida cotidiana de los hombres, tanto en sus espacios individuales como colectivos.

Ahora bien, como fue planteado, este alejamiento también se le encuentra en otros ámbitos de la vida social, incluyendo el institucional (del estado o la sociedad civil). En múltiples ocasiones, se filtra con

facilidad la imagen de que lo relativo a género es con las mujeres y, de un tajo, se aparta lo concerniente a los hombres.

Por ejemplo, es común revisar algún reporte acerca de indicadores de salud, en el cual se refieren a políticas de género, y en el que se da cuenta de todo lo que se ha venido haciendo en torno a y con las mujeres, lo cual está muy bien. El problema es que el género hasta ahí llegó; del género masculino se dice poco o nada.

Hace poco tiempo, en un ejercicio que hacíamos con una organización sindical conformada por hombres, como parte del taller, indagábamos acerca de esto mismo. Se preguntó a los participantes acerca de cómo podrían avanzar en la conformación de una Secretaría de Género en el sindicato. Después de analizarlo, llegaron a la conclusión de que la única opción que les quedaba era solicitar al patrón que contratara mujeres para que asumieran dicha secretaría. En este ejemplo, además, se advierte uno de los errores que con más frecuencia se cometen: confundir sexo con género.

Es obvio que esa situación a la mayoría de los hombres les ha quedado muy cómoda, sin tomar nota de las implicaciones perjudiciales que acarrea. Esto podría explicar, en parte, como fue apuntado, por qué los hombres no ven como tuyas las cuestiones del género y los posiciona en un lugar relativamente cómodo. Es decir, las que tienen problemas y por eso inventan cosas extrañas son las mujeres; ergo, **el género es un problema de las mujeres!**

Al indicar que no sean convertidas las diferencias en desigualdades (en este caso, entre hombres y mujeres), tal apreciación debe ser extendida también a otras condiciones que hacen a los seres humanos diferentes entre sí, tales como: color de la piel, etnia, creencias religiosas o políticas, edad, nacionalidad, entre otras. Es esta consideración, en particular, la que recuerda el carácter y las implicaciones políticas que tiene el género en las relaciones interpersonales, sobre todo si a ello se integra lo concerniente al poder y la forma como este se distribuye de acuerdo con la condición de género de la persona.



Tal condición de género, según está construida en el patriarcado, es maniquea: ser hombre es no ser mujer y viceversa. Esta característica debe revisarse con mayor detenimiento ya que, con base en nuestra experiencia, la orden de “*ser hombre es no ser mujer*” tiene más peso en la subjetividad masculina que en su mandato inverso.

Vale la breve acotación de que detrás de este manejo se esconde y actúan la homofobia y la misoginia, como muestra de algunos de los mecanismos o instituciones que el patriarcado ha creado para mantener el estado de cosas.

La condición de género excluye, distribuye; tiene que ver con deberes y con prohibiciones, tanto para hombres como para mujeres. De tales prescripciones, una buena mayoría no está bajo el control consciente de las personas.

A lo anterior se suma que el género –o mejor dicho, los géneros– es relacional y complementario, en tanto algunos deberes de un género son prohibiciones para el otro y viceversa. Esto obedece a que los géneros tal y como están contruidos deben ser complementarios, según lo que se le plantea a hombres y a mujeres en ciertos momentos de la vida. En fin, los géneros son una serie de prescripciones y proscripciones que el sistema demanda de los sujetos concretos; de forma tal que hombres y mujeres “actúan en forma cruzada” la mayoría de las veces.

En este marco de la vida social juega un papel fundamental la sexualidad. Por tal motivo, de ese ámbito, se extrae el ejemplo paradigmático condensado en la famosa y extendida sentencia que se les da a las mujeres “*¡Los hombres llegan hasta donde usted se lo permita!*”, con la cual se empatía la orden que reciben los hombres de “*¡Insista hasta ver dónde ella afloja!*”.

Es decir, hay complementariedad en cuanto a los mensajes que se trazan a la feminidad y a la masculinidad, a los hombres y a las mujeres. Ello opera de esta manera precisamente para que el sistema se pueda sostener, si no simplemente no subsiste al no engranar las piezas fundamentales del orden establecido. De esa

forma, a una masculinidad hegemónica o dominante se la debe entroncar con una feminidad hegemónica o dominante y, también, en forma recíproca.

En forma marginal y breve, debe decirse que quizá muy influenciadas por las ideas dominantes en Psicología y Sociología, sobre todo en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo pasado, en algunas líneas teóricas acerca del género subsiste todavía la idea de que este es un asunto de roles, de conductas o de discursos. Consideramos que ello es así en parte, pues si bien el género tiene que ver con tales componentes también incluye la subjetividad, “el mundo interno”, el imaginario, que actúa en ocasiones de manera mucho más fuerte que la realidad externa objetiva. Esta dimensión está constituida por emociones, pensamientos, sentimientos, temores, fantasías, ansiedades, la forma de amar y vincularse afectivamente y, por lo tanto, tiene que ver con el cómo me relaciono conmigo mismo.

Como un aspecto puntual que se desprende de esta forma de estructurar los géneros y de las asignaciones que a cada uno se le imponen, entre otras derivaciones, las anteriores reflexiones llevan a la consideración de los procesos de autocuidado en las personas. Si se están revisando los procesos de vinculación humana, la dimensión de autocuidado es fundamental y, de alguna manera, pretendemos el cuestionamiento respecto de este tema en los hombres. Lo cierto es que un buen indicador de salud y bienestar lo dan aquellos pequeños y grandes detalles conexos con la forma como se cuidan y protegen los seres humanos y, de ahí, a cómo cuidan y protegen a otros y al medio.

Por esto se requiere estar claros en cuanto a que el género no es solo un asunto de mujeres. Es una construcción personal que, no obstante, se va dando en colectivo, mediante el proceso de socialización de todas las personas; es un proceso histórico social que debe apreciarse a la luz del surgimiento y desarrollo del patriarcado.

Es preciso señalar que en ciertas líneas de los estudios de la masculinidad se integran otras visiones y no solo



se alimentan de la teoría de género. Esta teoría inspira y da basamento a los primeros trabajos en masculinidad y sigue siendo un soporte incuestionable. Si bien pueden darse otras aproximaciones “masculinistas” que no contemplan sus aportes, en nuestro criterio, se quedan cortas en su alcance ya que las luces que han brindado las posiciones género sensitivas y otras de raíz feminista tienen un lugar ya consolidado.

Pero, tal y como la entendemos, la teoría de la masculinidad va más allá, considera otras fuentes teóricas y metodológicas. Entre líneas, algunas se insinuaron párrafos atrás. Otras tienen que ver con las líneas mítico *poiéticas*, las jungianas, las de reivindicación de minorías o grupos específicos (por ejemplo, grupos *gay*), la perspectiva socialista, para mencionar solo algunas pocas.

Existe una serie de consideraciones de tipo conceptual y metodológico que los postulados de la teoría de género no incluyen, lo cual no solo es comprensible sino justificable, desde diversas fuentes de argumentación.

INSTITUCIONES DEL PATRIARCADO

Se ha insistido en enmarcar toda esta discusión en el contexto del patriarcado, que es el sistema socio-cultural más amplio que cobija e impregna la vida de los seres humanos desde hace varios miles de años. En ese sentido, entre otras, son básicas cuatro instituciones del patriarcado para comprender mejor la discusión llevada hasta este punto y que tienen una determinante influencia en la construcción de la masculinidad y en la vida de los hombres.

1-Falocentrismo. La vida del hombre (y de gran parte de la sociedad, en general) gira en torno al falo. Es, pues, una sociedad falocéntrica, en la que el falo adquiere el lugar de símbolo de poder que estructura y define la identidad masculina. Por eso, vale acotar, pene no es lo mismo que falo: falo adquiere característica de símbolo, que se instaura en la subjetividad individual y colectiva y que trasciende una dimensión biológica. Mientras el pene

es una estructura anatómica del macho de la especie humana, el falo es una estructura simbólica que se instaura en la psique individual y colectiva; el falo simboliza poder en el patriarcado.

Esta institución patriarcal tiene implicaciones directas en la sexualidad masculina, al igual que para otras dimensiones: para muchos hombres, la sexualidad está relacionada directamente con la actividad coital y al final de cuentas, de manera estricta y precisa, con la penetración. Por tal razón, el cuento aquel “*de que no pasó nada*” si no hubo penetración continúa muy vigente en la Psicología de la sexualidad masculina. Se trata, pues, de una actividad sexual en la que si bien está en funcionamiento el pene, la forma como esto se asume hace que vaya más allá de una mera relación anatómico fisiológica. Incluso, en muchos casos, adquiere connotaciones auténticas de poder de dominación en la relación.

Esta vida centrada en el funcionamiento del falo hace que muchos hombres presenten dificultades de todo tipo en la vivencia de su sexualidad. Mucho de esto lo hemos venido investigando, lo cual ha permitido encontrar implicaciones negativas, como por ejemplo, el que muchos hombres tengan prácticas sexuales poco seguras, con el agravante de que ello está en la base de los mecanismos de la transmisión del VIH-SIDA, del virus del papiloma humano (VPH), de las ITS, de los embarazos no deseados y de la explotación sexual comercial, entre otras problemáticas de grave incidencia social.

Es decir, cuando se revisan varios componentes de la dinámica social, entre ellos algunos de los formulados, en la base de todos se encuentran las concepciones y las prácticas sexuales de los hombres, que constituyen uno de los componentes de mayor peso en la identidad masculina y en la práctica social concreta de muchos de ellos.

Como ilustración, en la explotación sexual comercial es fácil detectar que detrás de ella existe fundamentalmente una forma de concebir y vivir la



sexualidad por parte de gran cantidad de hombres; además de visiones y acciones concretas en la relación con las mujeres y con otros hombres.

Esta realidad, tal cual, la hemos venido detectando y estudiando en los últimos años en las tareas del Instituto WEM y en nuestra práctica clínica. Estas ideas, concepciones y prácticas acerca de la sexualidad, se hallan entre hombres de muy diversas procedencias y condiciones sociodemográficas: empresarios de diversas actividades, campesinos, profesionales, policías, analfabetos, docentes y estudiantes universitarios, hombres heterosexuales, hombres homosexuales.

2-Androcentrismo. Es considerar al hombre como centro de todo, lo masculino define lo cultural. Ser hombre es importante y lo importante es ser hombre. El androcentrismo conlleva a que lo masculino y el hombre sean el punto de referencia de lo real. Tiene muchos alcances de la relación del hombre consigo mismo y con los demás y tanto para hombres como para mujeres en muy diversos ámbitos de sus vidas, desde sus primeros años de existencia.

Esta institución, característica del patriarcado, se da en consonancia con una sistemática infravaloración de lo femenino y de las mujeres, proceso que data de miles de años y que, en la actualidad, tiene plena vigencia. A su vez, se relaciona de manera directa con la siguiente institución.

3-Misoginia. Esto es el odio y el desprecio por lo femenino y las mujeres, desde justificaciones de orden religioso, ideológico y filosófico. En este punto en particular, el razonamiento podría extenderse; no obstante, es oportuna una breve mención: sostenemos la tesis y tratamos de indagarla más, de que detrás de este rechazo de lo femenino por parte de las instituciones patriarcales, se encuentra, más que nada, un profundo temor. Es decir, se odia lo temido. Y este temor tiene profunda raigambre en la sexualidad femenina –aunque en otras dimensiones también–, en especial lo relativo a la reproducción y al placer.

Demás está decir que, detrás de las viejas artimañas que se hicieron en la antigüedad para ir quitando a las mujeres y a las divinidades femeninas en posiciones de poder y de adoración desde los albores mismos de la humanidad, hubo manejos muy misóginos. Estos son procesos que datan de miles de años y que aún hoy continúan en uso y en plena acción. Uno de los ardidés más utilizados fue convertir todo lo femenino en monstruoso (dragones, serpientes, monstruos marinos) que debían ser eliminados para bien de la colectividad. En el Génesis, es una serpiente la que incita a la desobediencia –**¡**una mujer!**–** y con ello se acarrea una multiplicidad de castigos y de consecuencias negativas para la humanidad.

Lo anterior no niega que todavía, en algunas cosmovisiones o tradiciones religiosas, esa ancestral presencia de lo femenino sigue vigente; es decir, su desaparición no se ha logrado del todo. Por eso, se le sigue temiendo, al poder femenino todavía se le guarda recelo y de ahí la pretensión de dominarlo. Hablar de la serpiente para referirse a las mujeres o a la esposa sigue siendo moneda común en ciertas tertulias de hombres. Quizá en algunos casos, incluso, la serpiente no tiene mayor presencia en la biodiversidad de determinados pueblos, lo que no impide su presencia en la producción de la fantasía y el imaginario de tales conglomerados humanos. No abundan en su medio, pero sí en el inconsciente colectivo de esos grupos.

4-Homofobia. Alude no solo al rechazo de una relación franca, directa, explícita entre dos personas del mismo sexo o a la orientación sexual homosexual. Esto aplica sobre todo en los hombres y tiene que ver con aquello que acerque a lo homosexual o eventualmente a lo misógino; esto es, no parecerse a las mujeres (por lo menos como roles o conductas estereotipadas, pues lo cierto es que muchos hombres homosexuales en poco “se parecen” a mujeres). Vale señalar acá la interrelación y la estrecha cercanía que existe entre todas estas instituciones y sus expresiones en hombres (y en mujeres también).



Por lo anotado, para el caso de los hombres, debe decirse que si la homofobia fuera solamente rechazar a hombres cuyo objeto erótico son personas de su mismo sexo, sería más sencillo resolver el asunto; pero, esto va más allá. Tenemos muchos comportamientos homofóbicos, sin darnos cuenta, en nuestras vidas cotidianas y estamos envueltos en ellos de manera sutil y solapada. La homofobia cercena y limita muchas de las posibles expresiones afectivas que muchos hombres pueden y quieren expresar, incluyendo las dirigidas a mujeres y a hijos.

La combinación de algunas de las implicaciones que tiene el accionar de estas cuatro instituciones en la vida concreta de los hombres es que les lleva a conducirse de manera inapropiada, tanto para sí mismos como para el resto de la colectividad.

De esta forma, encontramos hombres que para sentirse tales acuden a mostrar una virilidad temeraria y peligrosa, que se traduce en no demostrar sentimientos profundos (sobre todo los “suaves”), en la obsesión de ser importante, en proteger y defender territorio—hasta la confusión con el control o en la necesidad de controlar a otros(as)—.

Igual han aprendido que los seres humanos son también una especie biológica más y que, en esa condición, también los machos humanos marcan el territorio. Quizá no recurren a las formas que la biología ha dotado a las especies para tal menester, pero sí lo hacen en formas más sofisticadas y solapadas, advertidas desde la cotidianidad más ingenua hasta escenas de muerte, sobre todo de mujeres. Esto por cuanto dentro del territorio que se protege y defiende—o controla—entran las mujeres, como parte de la propiedad. Nuestra experiencia diaria en el trabajo con hombres confirma estas apreciaciones.

Es obvio y esperable, por lo tanto, que esta forma de ser convertidos en hombres les da un acercamiento a la violencia, a ser temerarios, a no temer riesgos o peligros, a estar siempre listos para una aventura sexual (esto es poder lograr una erección rápida y penetrar), a ser fuertes como un roble, a tener poder y control,

a proveer (pese a que muchas veces no se cumple) y, volviendo al lugar ya señalado, a una evidente falta de autocuidado en su salud física y mental.

Otros costos de esta masculinidad pueden ser observados en algunos indicadores que muestran los riesgos que tienen los hombres, más que las mujeres, de sufrir y morir por causa de infartos al miocardio, por colisión de vehículos, por asfixia por sumersión, por caída accidental, por electrocución, por homicidio (a manos de otro hombre desconocido), por suicidio. Además, por accidentes de tránsito, por cáncer de próstata, por enfermedades circulatorias, por enfermedad hipertensiva, por enfermedad isquémica coronaria y por enfermedades cerebrovasculares.

Por lo menos en Costa Rica, en los últimos años, el SIDA aumentó en hombres que tienen sexo con hombres; la razón por género sigue teniendo mayor peso en los hombres la que, si bien disminuyó, sigue teniendo una desproporción evidente. Es obvio que todo esto tiene que ver con el cómo los hombres se relacionan consigo mismos, con su cotidianidad, con su sexualidad y con otras personas.

Es necesario detenerse un poco más en esto último. Es evidente que, para muchos hombres, la sexualidad, más que un área de desarrollo y crecimiento humano, se torna en un campo de batalla, de demostración, de competencia y de avasallamiento. Es indiscutible que, así, no hay lugar para el autocuidado, lo que sin mayor retraso los puede llevar, entre otras cosas, a riesgos asociados con ITS, con el VIH, con el VPH, con embarazos no deseados y también con eventuales líos legales.

Sin las anteriores consideraciones es difícil establecer, por lo tanto, políticas públicas, sistemas y programas de salud dirigidos a los hombres. Si, por ejemplo, no se establecen en forma inmediata sistemas de cambio de actitudes del hombre en relación con la detección temprana del cáncer de próstata o de complicaciones cardíacas, los índices de mortalidad van a aumentar. Es imposible pensar en un programa de atención si no incluye el trabajo con el género masculino, si no



se ataca la homofobia y la hombría malentendida que, a muchos de ellos, les impide tomar previsiones. Lo hemos trabajado en grupos de hombres y, ante otra problemática, se les pregunta de sopetón, por qué será que muchos hombres le pagan más a una trabajadora del sexo para que permita la penetración sin protección, a sabiendas del enorme riesgo que corre con tal conducta, ante la cual la reacción es de perplejidad o confusión. Si no se ahonda en la base de la sexualidad masculina en estos casos ilustrativos poco se podrá lograr, en tanto el efecto del placer sexual inmediato está muy presente en la psicología masculina, imponiéndose a las acciones a largo plazo, que son la base de la prevención.

Aunque suene como pensamiento burdo, para muchos hombres, verse a sí mismos, cuidarse, es como ser una mujer. Es mostrar signos de debilidad y literalmente ser un “pendejo”. Se requiere, por lo tanto, contrarrestar la sensación de invulnerabilidad o el ya mencionado “síndrome de normalidad” que padece la mayoría de los hombres.

Este síndrome es muy insidioso pues les lleva a asumir que nada va a pasar, que son como un roble o que son inmunes y se les encuentra en la vida cotidiana con extrema facilidad. Abordarlo implica, literalmente, enseñar o facilitar que los hombres puedan hacer lo de “*El caballero de la armadura oxidada*” (Fisher, 2001): tienen que ir deshaciendo esa coraza, mediante un profundo y auténtico reencuentro consigo mismos.

La cuestión se complica cuando se detecta que esto también tiene que ver con las mujeres, quienes desde la femineidad hegemónica –y también desde la masculinidad hegemónica–, asumen como suyas las tareas que corresponden a los hombres: “*¿Es que mi marido no se cuida!*”, “*¿Ayer perdió la cita que llevo tres meses buscándole!*” o, literalmente “*¿Es que es como un chiquito... no hace caso!*”.

Una cosa es que las compañeras sean solidarias con las tareas de los hombres y otra muy diferente es que arreglen los asuntos de ellos, porque o los asumen los hombres o los asumen los hombres.

Será necesario contrarrestar la masculinidad hegemónica y sus consecuencias; es decir, como lo manifiesta Rivera Medina (1991), ser hombre se puede sintetizar en las “tres p”: poseer poder, tener privilegios y sufrir penurias. Ser hombre se paga y tiene sus costos, como ya ha sido expuesto.

De acuerdo con las tendencias revisadas, hay reflexiones que asustan: en este momento un macho que nace y es convertido en hombre, tiene más posibilidades, que una niña o una mujer, de morir por suicidio, por homicidio, por accidentes de tránsito, sufrir infarto o morir por complicaciones asociadas con hipertensión o caer en ESC. Esto por el solo hecho de ser hombre y eso que es el “fuerte” de la especie.

¿QUÉ HACER?

Es pertinente una indicación que deberá tenerse presente en todo momento y que evitará malos entendidos: no se intenta el abordaje de hombres, en cualquiera de las problemáticas indicadas, desde una perspectiva de patología, como factor que acerque al asunto y menos como medio explicativo. No se parte de hombres enfermos que deben ser curados. Desde la Psicología, la Psicología clínica y la Psiquiatría estamos muy propensos a sustentar y vaticinar situaciones acudiendo al expediente de los procesos mórbidos y “anormales”.

Es preciso señalar y entender que estos asuntos en los que se ven envueltos los hombres más bien apuntan a la “norma”: los usos, costumbres y formas de vinculación que el patriarcado les ha heredado y exige. En estas disciplinas de la *psi* no estamos exentos de las trampas ideológicas del patriarcado.

Precisamente por eso pretender el trabajo con hombres implica, en forma obligada, la toma de posición y transitar por opciones desde lo ético, lo político, lo teórico y lo metodológico en relación con la cuestión de los géneros y las diferentes situaciones de ahí derivadas. En sí mismo, el tender a la reconstrucción de relaciones genéricas, conlleva la acción política, en tanto tal tarea se asume como aquella que busca un



sistema social diferente, equitativo, justo y democrático. Desde esa perspectiva, involucrar a los hombres en acciones de cuestionamiento acerca de las bases de su masculinidad enlaza, necesariamente, con el cómo articularlas con las tareas llevadas a cabo por organizaciones de mujeres, tanto para metas de tipo general como para las más específicas (tales como el enfrentamiento de la violencia en sus núcleos familiares o relaciones próximas; las tareas de la paternidad y cuidado en general; la toma de decisiones en forma democrática y participativa, entre otras). Es decir, con la reflexión que se logre con los hombres, es posible aspirar a una mejora sustancial en sus propias vidas y en las de personas cercanas. Esto puede visualizarse de manera más clara si se trata de la violencia intrafamiliar y de género, una de las áreas más urgentes de intervención y en la que, desde la Psicología, muchas colegas vienen haciendo una labor importante (con una menor participación de los colegas).

Esta toma de posición implica, además, la claridad de no entrar en el activismo sin mayor noción de la ruta que se está trazando y la meta que se quiere alcanzar. Trabajar con lo masculino exige de prepararse en lo personal, en primera instancia, y en lo científico profesional, posteriormente.

De esta forma, nuestra disciplina no puede permanecer impasible y quienes pretendemos hacer psicología tenemos que actuar conforme principios, valores y formas de concebir la realidad. Al final, será necesario enfrentar el dilema de perpetuar el estado de cosas o proponer y actuar para el cambio. Y en esto no se puede andar con rodeos o eufemismos; lo cierto es que, al igual que otras disciplinas, la Psicología no ha escapado a los mandatos androcéntricos y patriarcales, por lo menos en sus propuestas más generales y aliadas con el sistema.

Es obvio que, por lo tanto, lo relativo al género no escapa de tales reflexiones. En tareas de primera línea para nuestra disciplina, tales como la socialización, la edificación de vínculos humanos, la elaboración de sistemas de convivencia óptimos, y otros más, siguen pendientes materias que demandan nuestra atención y

acerca de las cuales mucho podemos y tenemos que decir y hacer.

Acorde con esta concepción acerca de lo implicado en las relaciones de género y el papel de la Psicología en todo ello, no queda otra más que optar por el cambio social, aportando elementos que coadyuven a la consecución de la democracia de género y, como más recientemente se le denomina, la *equidad de género para el desarrollo* (en la que hombres y mujeres, con sus diferencias y con su igualdad de derechos, aportan a la causa de una humanidad mejor para todos y todas).

De manera puntual, se propone caminar desde tener a los hombres con y haciendo problemas a “hombres problematizados”, inquietos y molestos con las cosas tal y como están.

Se está ante tareas y responsabilidades históricas. Los hombres estamos llamados a asumirlas no solo porque debemos, sino porque podemos hacerlo. Si se da la oportunidad, se logran buenos resultados. Es necesario que nos asumamos como parte de la solución y no solo como el problema.

Son muchas las áreas de la vida social (pareja, familia, afecto, erotismo, amistad) que se verían altamente beneficiadas si se logra que los hombres reflexionen y actúen de manera diferente. Lo cierto es que de la forma como vienen siendo hombres, buena cuota de perjuicios es lo que les ha acarreado.

Con esos propósitos, desde la Psicología, un acercamiento preliminar a lo que podría ser un plan general de trabajo en la construcción de nuevas masculinidades podría contemplar, al menos, los niveles básicos de la planificación en servicios sociales.

En primer lugar, se ubica la **Promoción**, entendida como el nivel de abordaje que busca elevar la calidad de vida y el bienestar en general y pretende incidir en los ambientes en donde las personas viven y se desarrollan. Consiste en la promoción de formas alternativas de ser hombres e implica la promoción



de masculinidades que respeten la equidad y los derechos humanos y, en general, formas más sanas de interacción de los hombres consigo mismos, con los otros hombres, en el ejercicio de la paternidad, con la pareja, con las mujeres en general.

En segundo lugar, está la *Prevención*. Se la concibe como un conjunto de procesos basados en la participación social y orientados a estimular las potencialidades individuales y colectivas, con el propósito de identificar, reducir y erradicar los factores de riesgo personales, familiares, comunales, institucionales, sociales y estructurales que condicionan, propician y perpetúan algunas de las consecuencias de la masculinidad, tal y como está construida. De esta forma, se está de cara con las acciones dirigidas a prevenir la violencia intrafamiliar y de género, la explotación sexual comercial, la salud, la accidentabilidad, los procesos de pareja y afectivos en general, para citar solo algunos posibles ámbitos de trabajo. Es reiterativo decir que justo en estas problemáticas, los hombres aparecen como los principales responsables y autores de conductas no adecuadas para la colectividad.

Otro ejemplo en esta misma línea lo constituye la ESC, ante la cual hemos propuesto tomar como punto de partida las condiciones particulares que ofrece la ruta crítica y que nos aclara que no todos los hombres están en el mismo nivel de riesgo de incurrir en esa nociva y delictiva práctica. (Salas y Campos, 2004). Desde ese marco se considera prioritaria, sobre todo, la educación para la sexualidad, de manera franca y abierta, con algunas particularidades de los hombres. Las relaciones de género, el respeto y la equidad serán las piedras angulares de esa educación.

Finalmente, se propone la *Atención especializada*. Esta consiste en la atención como parte de un proceso de reeducación más amplio y más profundo dirigido a situaciones en las que las problemáticas ya se están manifestando en forma directa y franca, que tiene sentido en la medida que se oriente hacia la prevención de nuevos incidentes y hacia la rehabilitación (por ejemplo de violencia). Está demás decir que no todos los hombres requerirían atención especializada. Como ilustración, en el caso de la violencia, la atención es-

pecializada sería la intervención terapéutica con hombres adolescentes o adultos que ya han presentado incidentes de violencia de riesgo bajo o que ejercen patrones de control abusivos hacia sus parejas.

Son niveles entrelazados, cuyos alcances y límites deberán trazarse con la suficiente flexibilidad y capacidad de ajuste para situaciones particulares. La Psicología como disciplina y quienes aspiran a hacerla crecer, tienen por delante muchas y variadas tareas que conducen, en forma inevitable, a una profunda revisión de sus raíces y de las columnas que la han sostenido por décadas; una de ellas consiste en analizar críticamente la forma en como ha sido abordado lo referente a los géneros, en particular a los hombres.

Para finalizar, tres precisiones. La primera es que explicar algo no implica justificarlo; nada justifica las acciones de los hombres que perjudican a otras personas y a sí mismos. La segunda es que no se propone que sea la Psicología sola la que enfrente todo esto. Y la tercera, es que trabajar con hombres no es hacerlo contra las mujeres y ninguna de las tareas pendientes podrá ser excepción a esa premisa.

NOTA

¹ Este artículo está basado en la ponencia que el autor presentó en las Jornadas de Reflexión de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica, realizadas en agosto de 2007; a partir de su propia experiencia docente, del trabajo clínico y como integrante del equipo de trabajo del Instituto Costarricense de Masculinidad (Instituto WEM).

BIBLIOGRAFÍA

Campos, Armando. (1985). *Introducción a la psicología social*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.

Campos, Armando. (2004). *De cotidianidades y utopías. Una visión psicosocial y preventiva sobre las situaciones de desastre*. México, D.F.: La Red, Plaza y Valdés Editores.



Fisher, Robert. (2001). *El caballero de la armadura oxidada*. Barcelona, España: Ediciones Obelisco (56.^a edición).

Keen, Sam. (1991). *Ser hombre. Mitos y claves de la masculinidad*. Madrid, España: Gaia Ediciones.

Salas, José Manuel. (2005). *Hombres que rompen mandatos. La prevención de la violencia*. San José, Costa Rica: Instituto Costarricense de Masculinidad (Instituto WEM); Fondo de Población de las Naciones Unidas e Instituto Nacional de las Mujeres.

Salas, José Manuel y Campos, Álvaro. (2004). *Explotación sexual comercial y masculinidad. Un estudio regional cualitativo con hombres de la población general*.

San José, Costa Rica: Oficina Internacional de Trabajo (IPEC/OIT) e Instituto Costarricense de Masculinidad (Instituto WEM).

Rivera-Medina, Eduardo. (1991). *Hombres: poder, privilegio y penuria*. Ponencia presentada en el XXIII Congreso Interamericano de Psicología, organizado por la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP). San José, Costa Rica.

Sorensen, Bente y Claramunt, Cecilia. (2003). *Explotación sexual comercial de personas menores de edad en Centroamérica, Panamá y República Dominicana. Síntesis regional*. San José, Costa Rica: Oficina Internacional de Trabajo (IPEC/OIT).

